

¿ES NECESARIO LIQUIDAR LA HERENCIA DEL MAYO FRANCÉS?

EL 40.º ANIVERSARIO DE LA REVUELTA ESTÁ MARCADO POR EL DEBATE SOBRE SU LEGADO: PARA SARKOZY, TIENE LA CULPA DE TODO; SEGÚN COHN-BENDIT, LOS SESENTAYOCHISTAS GANARON

¿Hay que liquidar la herencia de Mayo del 68, como preconizó Nicolas Sarkozy dos días antes de las elecciones del 2007? ¿Fue aquella revolución antiautoritaria y utópica, más socio-cultural que política, la causa de todos los males de la actual sociedad francesa y, por extensión, de las occidentales, como dijo el actual presidente de la República?

Sus detractores responsabilizan al sesentayochismo de las peores lacras de nuestro tiempo: relativismo moral y estético, nihilismo, descrédito de la jerarquía, crisis de la familia, caos de la enseñanza, promiscuidad sexual, indisciplina, egocentrismo y narcisismo, coqueteo con la violencia como medio legítimo para combatir el *statu quo*, que desembocó en el terrorismo. Para sus partidarios, al 68 se deben la liberación de la mujer, la salida del armario de los homosexuales, la democratización de las instituciones, la solidaridad humanitaria, el surgimiento de las ONGs y los movimientos ecologistas, la existencia de ciudadanos menos sumisos, más orgasmos en las relaciones sexuales y las escuelas sin bofetadas.

Sarkozy se ha convertido en el máximo representante de la interpretación catastrófica. En la campaña electoral acusó a aquel insolente movimiento que desafió todo tipo de autoridad de entronizar «el relativismo moral e intelectual» y a sus herederos de imponer «la idea de que todo vale, que no hay ninguna diferencia entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo» y de fomentar «el odio a la familia, la sociedad, el Estado, la nación, la República». Su legado en la enseñanza y la inseguridad también habría sido devastador: «Quisieron hacernos creer que el alumno vale igual que el maestro, que no había que poner notas para no traumatizar a los malos alumnos, que no necesitábamos de clasificaciones. Querían que creyéramos que la víctima cuenta menos que el delincuente y que no hay ninguna jerarquía de valores».

Esta diatriba evidentemente exagerada con fines electoralistas ha rescatado un acontecimiento, la última revolución de la democracia, que se presta a interpretaciones contrapuestas, y que



Daniel Cohn-Bendit, a la derecha, junto a otros dos cabecillas en las movilizaciones de Francia

para muchos cambió el mundo, ya fuera para bien o para mal. Algunos libros del centenar aparecidos en Francia dan la razón al presidente, pero los franceses no está de acuerdo con él, según una encuesta publicada por el prestigioso semanario *Le Nouvel Observateur*, que revela que el 74% piensan que tuvo un efecto beneficioso para la sociedad.

Sus detractores le achacan el relativismo moral, el caos de la enseñanza y la indisciplina actuales

Para sus partidarios al 68 se debe la liberación de la mujer y la existencia de ciudadanos menos sumisos

Los franceses creen que aquella revuelta de «niños de papá tocados por la gracia» —como los definió el gran pensador liberal-conservador Raymond Aron—, a la que pronto se unieron los obreros, tuvo efectos positivos en las relaciones hombres-mujeres (80%), los derechos sindicales (73%), la sexualidad (72%), las relaciones entre padres e hijos (64%) y las costumbres (61%).

Del desafío al orden establecido dan cuenta las pintadas, eslóganes y carteles subversivos, utópicos, hedonistas, libertarios, peligrosos, que ha recopilado Manuel Serrat en *Sed realistas, pedid lo imposible* (Edhasa). El que da título al libro y otros como «Prohibido prohibir», «La imaginación al poder», «Go-zad sin trabas», «Un hombre no es estúpido o inteligente, es libre o no es», «Bajo los adoquines está la playa», «Vivir sin obligaciones» o «Desabrochad el cerebro tan a



Las movilizaciones llegaron incluso al Festival de Cannes, en el que se suspendió la proyección de películas

menudo como la bragueta» constituyen la memoria más visible de la revuelta parisina. Curiosamente cuando se pregunta a los franceses por el eslogan que les parece más de actualidad eligen el más desestabilizador de todos: «Prohibido prohibir».

«Ganamos», asegura el icono del movimiento, Daniel Cohn-Bendit, aquel joven estudiante alemán, pelirrojo, de cara angelical y maneras insolentes que encendió la mecha de la rebelión, en su libro *Forget 68* (Olvidad el 68), en el que llama a pasar página. «68, c'est fini» (el 68 se ha acabado), dice

este eterno provocador. «Esto no quiere decir que ese pasado esté muerto, sino enterrado bajo cuarenta toneladas de adoquines que, desde entonces, han roturado y cambiado el mundo».

Para aquel Danny el Rojo reconvertido hoy en eurodiputado verde, no hay duda de que culturalmente, en la concepción de la libertad y la autonomía del individuo y en la liberación sexual y de las costumbres los sesentayochistas ganaron. Significativamente, el mayo de las barricadas, las huelgas descomunales, los debates sin fin y las ocupaciones surgió

MI MAYO

Xosé Luis Barreiro Rivas

Que por mayo era, por mayo...

MIS recuerdos de Mayo del 68 son de libro. Contaba 18 preciosos años. Estudiaba el primer curso de Filosofía en la universidad, y preparaba mi traslado a un colegio mayor de Madrid. Tenía los ojos y el corazón abiertos. Leía a Herbert Marcuse —aún conservo los ejemplares de *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional*— creyendo que su revisión del marxismo tendría cabida entre los hitos intelectuales de Occidente. Y estaba enamorado de una chica de PREU... ¿Quién da más?

Mi acercamiento al Mayo del 68 fue más intelectual que vital, y por eso supe, ya entonces, que había tres movimientos en uno solo: la revolución de Berkeley, que trataba de romper con la alienación de la conciencia capitalista en pro de la libertad radical; el Mayo francés, que supuso el cambio de los valores de la posguerra al europeísmo democrático del bienestar y la paz; y la lucha estudiantil en la universidad española, especialmente en la Complutense, que significaba la plena disconformidad con la dictadura y el comienzo de la modernización social de nuestro país.

Aunque Berkeley era el movimiento fundante, fue para nosotros un breve suspiro. París, en cambio, duró mucho más. Porque, con su estética de huelga y barricada, representaba a la perfección el ideal de las libertades democráticas y la excelencia de la juventud impetuosa que, conquistando los entornos de la Sorbonne y el Quartier Latin, enfrentaba a toda Europa a su conciencia y destino. Pero la protesta estudiantil de Madrid duró una eternidad, con aquella dictadura que no acaba de caerse y que me llevó a la cárcel y al TOP en la víspera de la Ascensión de 1971.

De todo aquello me queda un recuerdo que solo en parte considero asimilable al de los que estudiaban en universidades como la de Santiago, en las que el Mayo del 68 tiene componentes lúdicos y románticos que yo no identifico. En la vorágine de conflictos y cierres que afectó a la Universidad Complutense entre 1968 y 1974, con la policía acuartelada en las facultades y con una represión masiva que condicionó el futuro de miles de estudiantes, el Mayo del 68 español, determinado por la lucha democrática contra el franquismo, aún arroja un trasfondo dramático que modeló nuestra conciencia y nuestras actitudes políticas. Gracias a aquellos hechos conservé parte de mi rebeldía y osadía juvenil durante cuarenta años. Aunque ahora, camino ya de los sesenta, todo se me torna nostalgia.



Un militante fuma en pipa ante los gendarmes



Las cargas policiales en Francia se sucedieron poco después en las protestas estudiantiles en España



Varios coches volcados en una de las calles de París, donde se libraron verdaderas batallas campales

El icono del movimiento, Daniel Cohn-Bendit, llama a olvidar el 68 para dedicarse a nuevas revueltas

«Donde el 68 se equivocó es en la consigna: 'Elecciones, trampa para gilipollas'. ¡Qué error!», asegura Cohn-Bendit

«La alucinación colectiva fue creer que la vida puede cambiar, de repente y para mejor», escribe Mavis Gallant

Su legado más profundo fue la desconfianza hacia toda forma de poder, la apuesta por la autonomía del individuo

estar al borde de la guerra civil», escribe Mavis Gallant en *Los sucesos de mayo. París, 1968* (Alba), un diario que la novelista canadiense escribió para *The New Yorker*. «La alucinación colectiva consistió en creer que la vida puede cambiar, de repente y para mejor. Todavía me sigue pareciendo un deseo noble, y todavía me conmueve la respuesta que me dio una mujer cuando le pregunté qué había esperado que surgiera de todo aquel desorden: "¿*Quelle chose de propre*", algo limpio, bueno».

¿QUÉ FUE EL 68?

En otro de los libros publicados este mes en España, *La rebelión del 68* (Global RhythM Press), Daniel Cohn-Bendit y Rüdiger Dammann se preguntan en el prólogo si el 68 fue una reforma, una ruptura, una revuelta, una revolución cultural, una breve y anárquica protesta de jóvenes deseosos de romper con lo viejo, una fantasía izquierdista, un carnaval desbocado o una leyenda. «Una cosa es segura: 1968 es un recuerdo complejo y paradójico donde "se ha instalado lo imaginario", como afirma Hans Magnus Enzensberger», concluyen.

La obra colectiva *1968. El mundo pudo cambiar de base* (Catarata) es una reivindicación desde la izquierda anticapitalista de las rebeliones de aquel año, como «capital de conocimientos y experiencias imprescindibles para quienes continúan el combate para cambiar el mundo y cambiar la vida».

En lo que muchos están de acuerdo es en que el legado más profundo de Mayo del 68 fue ponerlo todo en cuestión, no dar por aceptado nada de lo que viniera desde arriba, la desconfianza absoluta hacia toda forma de poder, el desafío radical a la autoridad, la apuesta por la libertad y la autonomía del individuo.

de una protesta de Cohn-Bendit y los suyos, que reclamaron residencias universitarias mixtas en Nanterre.

Sin embargo, el gran error fue político: «Donde el 68 se equivocó fue en la consigna: "¡Elecciones, trampa para gilipollas!"». «¡Qué error no comprender que después de la Revolución rusa, de los totalitarismos, la idea de una toma del poder sin la constitución de un espacio democrático, sin pasar por el proceso democrático, electivo y parlamentario, es sinónimo de totalitarismo!», admite. Pero puntualiza que «lo que pasaba en las calles estaba en contradicción total con esa determinación ideológica de los maoístas, trotskistas e incluso de la nuestra, los libertarios». A la mayoría de la gente que estaba en las calles lo que le interesaba era «saber cómo elaborar juntos una nueva sociedad».

Cohn-Bendit destaca las contradicciones de Mayo del 68, la más flagrante, que se luchara por la libertad a la vez que se defendía la terrorífica revolución cultural de Mao. En ese sentido, el filósofo André Glucksmann, autor junto a su hijo Raphaël de *Mai 68 expliqué a Nicolas Sarkozy* exclama: «¡Queremos liberarnos en nombre de Mao, Castro o el Che tenía algo de manicomio!». Pero reivindicó Mayo del 68 y paradójicamente considera a su mayor crítico, Sarkozy, «el mejor heredero político de la franqueza brutal del 68». «Sin aquella contestación liberadora hubiera sido impensable que un hijo de inmigrante se casase, se divorciase, fuese presidente y vol-

viere a divorciarse para volver a casarse».

Cohn-Bendit ha declarado que estaba dispuesto a permanecer callado en el cuadragésimo aniversario, pero la provocación de Sarkozy se lo impidió. «La mayoría de los manifestantes querían tomar el poder sobre sus vidas, en la fábrica, la facultad o su vida privada y sexual. El deseo de emancipación que portaba el movimiento no tenía ningún concepto político a su disposición para traducirlo», asegura.

AVALANCHA DE LIBROS

Dentro de la avalancha de libros aparecidos en Francia destaca *La pensée anti-68* (el pensamiento anti-68), de Serge Audier. El historiador y filósofo analiza cómo el discurso de Sarkozy hunde sus raíces en un trabajo ideológico conservador que comenzó nada más finalizar los acontecimientos y se ha desarrollado a lo largo de cuatro decenios, ligado con la corriente neoconservadora estadounidense que ha puesto en cuestión los años sesenta en su país. Para Audier, «más allá de su dogmatismo y sus fracasos», Mayo del 68 y los movimientos de los años sesenta «han legado una exigencia de emancipación individual respecto a los mandatos tradicionales, una búsqueda de participación en la vida social y política, una aspiración a más igualdad y una puesta en causa del economicismo y el productivismo».

«Hoy parece que fue una fantasía extraordinaria, un sueño colectivo en el cual toda una ciudad jugó a